

ESPACIO ESCULTÓRICO

A ANTONIO DELTORO

Vienen a refocilarse
los burócratas
en este enorme círculo
de piedras,
que es lo que tienen a la mano,
a reencontrar en estas rocas
un suelo de verdad,
una escarpada idea
de la existencia.
Vienen a ver
las grietas de la lava,
a aventurarse entre las grietas,
siguiendo una intuición
que los devuelve a días lejanos,
cuando jugaban con la tierra.
El viento los despeina,
a cada rato están a punto
de caerse,
de arruinarse el traje,
los zapatos,
tienen que regresar
a sus despachos,
no pueden demorarse.
Cómo se ven inermes
y sin embargo audaces,
cómo se ve que saben algo más
que tramitar papeles,
que están cansados
de ser grandes.
Aquí no hay un camino
delineado,
ninguna orden clara,
sencillamente está la lava
que se encerró en un círculo
para apreciarla con los ojos,
está la gran pobreza
de las rocas
que forma un verdadero espacio,

una amplitud que se agradece,
y los burócratas, acostumbrados
a las paredes falsas,
saben que aquí
todo camino es por los bordes,
irrepetible,
y no conduce a nada.
Este no es un laberinto
sino un paisaje submarino
al que le falta el agua.
Es lo que nos atrae a todos.
Es como ver el esqueleto de un océano.
Tal vez tengamos sed de algún venero,
de algún perdón
que fluya en lo más hondo
y llene los espacios
y cure tantas cicatrices;
que suba el agua del principio,
que borre los recuerdos tristes
y nos redima
de nuestra vida poco extraordinaria.